

Texto del discurso
pronunciado por Manuel
Castells el 31 de mayo de
2001 en el acto de su
investidura como
doctor *honoris causa* de la
Universitat de València.

Universidad y sociedad de la información

Manuel Castells

Es un orgullo recibir este título de una Universidad de tan alta excelencia académica y tanta raigambre histórica. Y es particularmente emotivo para mí sentirme así asociado a la Universitat de València, es decir, a la ciudad de la que procede mi familia paterna y en la que estudié parte de mi bachillerato en el clásico Instituto Luis Vives. Mi agradecimiento por este honor toma la forma de perseverar en los valores y en la actividad que han caracterizado toda mi vida. Valores y actividad que giran esencialmente en torno a la universidad como institución y como cultura. Yo entré en la universidad en 1958, a los 16 años, en las Facultades de Derecho y de Ciencias Económicas de la Universitat de Barcelona y nunca más salí del ámbito universitario a través de mis andaduras por todo el mundo, de París a Berkeley, de Madrid a Novosibirsk, de Chile a Hong Kong y de Quebec a Suráfrica, para al fin recalar de nuevo en Barcelona, esta vez en la virtualidad real de una universidad en la frontera tecnológica de la práctica académica.

He sido, soy y seré, hasta el fin de mi vida, exclusivamente un universitario, sin ningún otro tipo de ataduras, compromisos, ambiciones o desvaríos. No encierra esta afirmación ningún implícito despecho para cualquier otro quehacer humano, del comercio, el ocio o el servicio público. Pero sí es reivindicación del papel fundamental de la universidad en la sociedad a través de la historia, cualesquiera que sean las servidumbres de sus logros y las miserias de su grandeza. Y ese papel es aún más decisivo que otrora en este momento histórico, en la era de la información, una era en la que el saber y la cultura se convierten en fuerzas productivas directas, en fuentes esenciales de creatividad, innovación y comunicación de las que dependen la riqueza, el poder y el sentir en nuestro mundo.

Vivimos en medio de la más extraordinaria revolución tecnológica de la historia, aquella que afecta directamente la comunicación y el procesamiento de información, actividades distintivas de nuestra especie biológica. Una revolución que se extiende cada vez más al procesamiento de información de los códigos de la materia viva y de sus redes de relación, situándonos en el umbral de la capacidad de automanipulación de nuestro ser biológico —una posibilidad que suscita el vértigo de nuestro vacío ético. El desarrollo de nuevas tecnologías de información y comunicación de base microelectrónica, de las que Internet constituye la forma más difundida y de mayores efectos intersticiales, estimula la emergencia de una nueva forma de organización social, la sociedad red y de una nueva economía, la economía informacional, global y articulada en redes. De ahí surgen la productividad y competitividad de nuestras empresas, la agilidad de nuestros sistemas de relación, la versatilidad de nuestras formas culturales. Pero como los viejos demonios de la injusticia, la opresión y la explotación se han adaptado a las nuevas formas sociales, también de esas fuentes de riqueza surgen nuestros pozos de marginación, nuestros abismos de miseria y nuestras pulsiones de violencia. El nuevo paradigma tecnológico desorbita y contrasta los rasgos presentes en nuestra construcción social, magnifica quienes somos y nos enfrenta con nuestros instintos básicos, tanto de creación como de destrucción. De aquí la importancia de espacios públicos en donde la innovación

científica y la creación artística, el sentido práctico y el sentido trágico, la tecnología y la cultura puedan cohabitar y coadyuvar. La universidad es ese espacio. Más aún: sólo la universidad constituye ese espacio.

Investigaciones de distintos horizontes han demostrado que la existencia de universidades de calidad, capaces de articular enseñanza e investigación, es un factor esencial de los sistemas de innovación de los que ha surgido la revolución tecnológica informacional, la nueva economía, la organización reticular y los nuevos medios de comunicación. Centros académicos del saber y la tecnología como Stanford, Berkeley, MIT o Harvard en Estados Unidos, o Cambridge y Oxford en Inglaterra, o París en Francia, o Munich y Frankfurt en Alemania, o Helsinki y Estocolmo en Escandinavia, o Pekín y Tsing Hua en China, o Tokio y Hitotsubashi en Japón, o Moscú y Novosibirsk en Rusia o Sao Paulo y Santiago de Chile en América Latina, por no citar sino algunos nodos de las redes globales de la ciencia, han sido y son la fuente de conocimientos que se han traducido en tecnologías decisivas, más tarde comercializadas como negocio. Internet surgió de los departamentos de informática de las universidades estadounidenses, subsidiados por el Pentágono pero dentro del respeto de su libertad de investigación y sin cortapisas de seguridad militar, que hubiesen frustrado la innovación y la difusión de la innovación. La revolución biológica surgió del desarrollo de los descubrimientos realizados en la Universidad de Cambridge, por parte de las universidades californianas de Stanford y San Francisco. Y más allá de estas grandes avenidas de la revolución tecnológica, se vislumbra la multitud de innovaciones que cambian nuestras vidas y extienden el poder material de nuestra mente, a partir de la interacción entre cientos de universidades y sus entornos territoriales, humanos y empresariales. La universidad como institución está en el corazón del sistema de innovación del que surgen las nuevas tecnologías, la nueva economía y la nueva sociedad.

Pero la universidad es algo más. Es también el lugar donde la cultura y el arte encuentran la ciencia y la tecnología, en donde distintas escuelas de pensamiento, diversas epistemologías y pedagogías diversas se entrecrocán, en una espiral sinérgica de la que surge el valor añadido de la productividad económica y la creatividad social. Sólo en la universidad se puede investigar sin prisa pero sin pausa, se puede enseñar y aprender, se puede ejercer distanciamiento de lo inmediato y abrirse a las perspectivas de lo que fue y lo que será sin miedo a dejar de ser.

Y porque todo este torbellino de ideas y de vida sólo puede existir en libertad, la universidad es también un espacio de libertad, el último refugio de la libertad. Y en aquellas sociedades que sufrieron y sufren las mil formas de dictadura, las universidades siempre fueron y continúan siendo las últimas barricadas de la libertad, como lo fueron en mi juventud en Valencia, en Barcelona y en toda la geografía antifranquista española.

Y en fin, la universidad, en nuestra sociedad de la información más aún que en otros tiempos, es un dispositivo esencial de igualdad social, de apertura de oportunidades para todos y, por consiguiente, de democratización de la sociedad en su sentido más profundo. En una sociedad en la que la información y el conocimiento son las fuentes de riqueza y de poder, la universidad (abierta, democrática, con criterios de admisión estrictamente derivados del mérito y no del dinero o la influencia) es la institución en la que las nuevas generaciones adquieren los instrumentos esenciales para su trabajo y para su vida. Por eso la universidad debe ser abierta a todos. Pero también por eso debe ser una universidad de calidad, productiva, innovadora, puesto que no puede decepcionar, por incompetencia o rutina, las esperanzas que en ella depositan los jóvenes (y los menos jóvenes) que se abren al mundo a través de los claustros universitarios.

La universidad en la era de la información es fuerza productiva y panacea igualitaria, innovación tecnológica y creación cultural, espacio de libertad y escuela de convivencia. Sin universidad no hay economía productiva, sociedad democrática o expresión plena de nuestro ser.

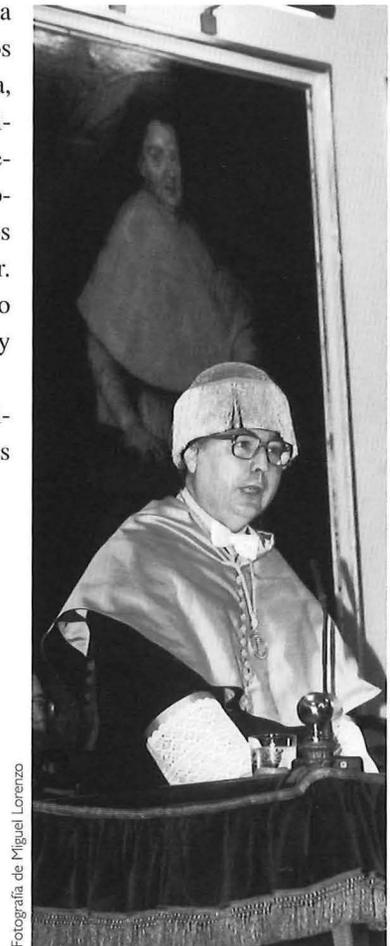
Y sin embargo, cuánta tristeza en torno nuestro al observar la realidad desazonada de muchas de nuestras universidades en contraste con lo que su promesa conlleva. Si miramos sin idealismo la cotidianidad de nuestras universidades, en España como en el mundo, distinguimos masas de estudiantes desorientados apenas atendidos por enseñantes sobrecargados. Una investigación que se envuelve en oropeles para dignificar su miseria de recursos y suele sobrevivir mediante el heroísmo de cada día de quienes hacen de esa investigación el sentido de sus vidas. Y una administración aherrrojada por el corporatismo y sometida a la lucha por el puesto y el título como formas concretas de encarnación degradada del ideal universitario. La universidad vive en la perenne negación de sí misma.

Y sin embargo, a pesar de los pesares, siguen surgiendo ideas y enseñanzas y ciencia y tecnología y creación y esfuerzo generoso, de los entresijos de nuestra vieja y renqueante institución. Nuevas generaciones de profesores, estudiantes, investigadores, trabajadores universitarios, tratan de compaginar la idea de universidad con la práctica de la universidad, en un ejercicio de alta tensión, y por tanto agotador, pero en un proyecto que no se rinde.

No opongo así la belleza del ideal a la degradación de la vida tal y como es. Porque, en realidad, nada hay tan bello como la vida, con sus desgracias y problemas, porque sólo la vida sentimos y por tanto sólo la vida cuenta para la experiencia humana. Y esa vida está hecha de un constante esfuerzo para proyectar nuestros sueños en el mundo de sombras que nos rodea, para hacerlos vida, para sentirlos más allá de nosotros. Por eso la idea de universidad no es una fantasía, sino una aspiración, una lucha, y una alegría que se defrauda un poco más cada día, pero que también proyecta destellos de creación y de serenidad en aquellos momentos mágicos en que sentimos la posibilidad de pensar, ser y crear. Esos momentos mágicos mantienen vivo en nosotros el proyecto de universidad –un proyecto en la base del progreso material y espiritual de nuestra especie.

Y hoy, aquí, y ahora, el 31 de mayo de 2001, en la Universitat de València, yo vivo, en mi más íntimo ser, uno de esos momentos mágicos. Gracias a la vida y a la universidad.

Un momento de la intervención
de Manuel Castells



Fotografía de Miguel Lorenzo